

VENECIA HA DESAPARECIDO

Emanuele Missinato

*Dedicado a las dos ciudades
que siempre he amado:
a Berlín, a Venecia*

Self Publishing - Berlín 2018

Derechos reservados

© 2018 Emanuele Missinato

Traducción: Elena Passuello

Introducción

En 2013, la revista internacional **“National Geographic”** publicó un mapa físico de lo que la Tierra podría ser en un futuro no muy lejano. Un planeta completamente diferente del que conocemos hoy.

¿Qué estamos haciendo realmente para contrarrestar los efectos del calentamiento global? El futuro ya no está tan lejos, no para nuestros hijos y nietos. ¿Y si el gradual proceso de derretimiento de los glaciares se acelerara de repente? Ya no se hablaría más de *futuro*, y todos estaríamos implicados de inmediato. De hecho, nos veríamos obligados a actuar aquí, ya, ahora.



Photo Credit:
National Geographic Creative

El Viaje

No se sabía mucho todavía.

Sólo se sabía que después de todos aquellos años de estudios, predicciones y alarmas, por fin había ocurrido.

Marco ya estaba viajando a Italia y Juna estaba con él. Aún no había vídeo alguno en la web, y la radio alemana reportaba noticias fragmentarias: «La tierra sigue temblando y nos hace temer lo peor en Italia. Todavía no hay datos certeros, pero parece que los daños son incalculables....»

En Venecia, Marco lo había dejado todo años antes y Juna nunca se había atrevido a preguntar demasiado. Había comprendido que ésta no era la historia habitual de la crisis económica, que había

algo más y tenía alguna relación con su padre y con aquel maldito vicio de beber. Por eso las cosas nunca habían funcionado entre ellos. El alcohol, las peleas, el casino, el dinero ganado e inmediatamente perdido. Las noches en que Marco se quedaba solo en casa con seis años y su padre regresaba al amanecer gritando o llorando, a veces riendo a carcajadas. Aquello era lo normal, entonces.

Juna sabía que se trataba de un tema difícil de tratar y así lo evitaba. Por otro lado, no había necesidad de lidiar con ello: Marco había iniciado una nueva vida en Berlín. Su puesto en el Ministerio de Bienes Culturales era todo lo que había soñado y se enamoró de la capital alemana desde el primer momento. ***“The Past is Over”***, le encantaba repetir – y nunca perdía la ocasión de disfrutar de su nueva vida, hecha de conciertos, eventos y de las

exposiciones de arte más extrañas, todo con ella, por supuesto.

Juna era la típica chica alemana, tranquila y pragmática, que siempre alcanzaba su objetivo, evitando riesgos e imprevistos innecesarios.

Berlín era otro mundo. Un mundo completamente libre y único, donde miles de personas con personalidades diferentes miraban al futuro, mientras disfrutaban del presente. Pero el pasado de Marco aún no había terminado, por lo menos no del todo.

«Marco, estamos casi en la frontera, ¿qué vamos a hacer una vez lleguemos allí? Parece que los austríacos la cerraron para dar prioridad a las operaciones de ayuda internacional. Algo muy grande debe haber sucedido» dijo.

«Estoy pensando en ello Juna, pero no se me ocurre nada. ¡Sólo sé que tenemos que pasar!» le contestó él con decisión.

«Bueno, yo tengo una idea. Podríamos intentar utilizar nuestras tarjetas del Ministerio y decir que fuimos enviados para supervisar la recuperación de las obras artísticas» propuso Juna.

«¡Genial Juna, excelente! Esperemos que no hagan demasiadas preguntas. ¡Aquí estamos en la frontera, por fin! Bajaré e intentaré ...»

«*Nein!!!*» contestó ella de manera seca. «Espérame aquí. Confía en mí. Estás demasiado implicado, déjame hacerlo».

En la frontera del Brénero entre Austria e Italia la cola era interminable. Cientos de coches restaban parados y con los motores apagados. Alguien bajaba de su vehículo pidiendo explicaciones, otros esperaban resignados. Era Julio y en julio casi toda Europa se va de vacaciones, ¿y a dónde si no que a Italia? El mar, los lagos, las imponentes Dolomitas, pero también por la fabulosa comida, la moda, el diseño y las obras de arte únicas en el mundo.

En aquel momento no se entendía mucho lo que estaba pasando. Se parecía a la clásica cola de turistas destinados a esperar durante horas y horas bajo el sol, antes de poder continuar hacia su destino.

Mientras tanto, Juna había alcanzado la aduana con los documentos listos en la mano. No estaba tan segura de que el plan fuera a funcionar, pero tenía que intentarlo.

Inesperadamente, un agente en el puesto de control exclamó: «¡Ya veo su tarjeta señorita! Es del Gobierno Federal Alemán. Me imagino que está aquí por la misma razón por la que enviaron a un equipo de colegas de Viena. Están aquí en nuestras oficinas y se irán pronto. Únase a ellos y en pocos minutos estará en Italia. Sin embargo, les advierto que, al llegar cerca de Verona, tendrán que pedir información a las autoridades italianas. Nosotros sólo sabemos que se está preparando un gran campamento base desde el que se van a coordinar las operaciones de rescate.»

Juna ni se lo podía creer, «misión cumplida» pensó. Le dio las gracias al agente sin preguntar más, e inmediatamente corrió a darle la noticia a Marco.

«¡Oye tío! Llévate tus cosas y deja el coche en el área de servicio. Vamos a pasar la frontera con un

Equipo de compañeros enviados desde Viena» gritó orgullosa y feliz.

«Oh Juna, *du bist Fantastisch!* Eres increíble, como siempre» respondió eufórico, en una mezcla de idiomas diferentes. Ahora, tenían que ser rápidos, los otros les estaban esperando.

Unos minutos después el grupo viajaba en un Jeep de la Guardia Forestal. Cruzando los pequeños pueblos de montaña, todos se dieron cuenta de que los habitantes parecían bastante preocupados. Estos, de hecho, continuaban deteniéndolos y haciéndoles preguntas, querían saber más. A menudo preguntaban por el agua.

«Pero ya no entiendo, ¿quieren agua?» preguntó Marco en voz alta.

Le contestó Thomas, el guía austríaco que estaba llevando a todos a su destino: «Oh no, no tienen sed. Tienen miedo de lo que está pasando. ¿Ustedes no lo oyeron? Hasta tres seísmos de magnitud siete azotaron la península. Florencia y Roma han sufrido varios daños, pero lo peor ha afectado al territorio de Venecia. El nivel del agua ha subido tremendamente y la laguna se ha convertido en mar abierto. Todo ha quedado sumergido. Por eso nos preguntan... por el agua.»

Juna y Marco se quedaron sin palabras. Todavía no lograban entender ni imaginar una catástrofe de estas proporciones. Las ciudades de que estaba hablando Thomas eran unas de las más bellas e importantes del mundo, ciudades de arte y, sobre todo, muy pobladas. En aquel momento eran testigos de un verdadero desastre natural y de una de las emergencias humanitarias más grandes que Europa haya visto nunca.

«Los científicos lo habían predicho todo, pero el Gobierno italiano no hizo nada durante años» añadió Martha, una colega de Thomas del Tirol del Sur. «No nos escuchaban cuando intentábamos explicarles los riesgos y las consecuencias del calentamiento global. Todo ese increíble patrimonio cultural heredado a lo largo de los siglos y sin un plan para conservarlo. Pero les iba muy bien para el Turismo, ¿verdad? ¡Incluso

representaba una gran parte de su PIB! Y ahora... Venecia ha desaparecido.»

Para Marco y Juna esa situación todavía parecía tan rara y absurda, casi irreal. Y a partir de ese momento sólo hubo silencio a bordo.

La Búsqueda

De hecho, el Campo- Base estaba cerca de Verona, en las afueras de la ciudad. Ambulancias y helicópteros de la Protección Civil salían vacíos y regresaban llenos de personas claramente aturdidas. Parecían las escenas de una película de guerra. Lo que se vio inmediatamente fue la falta de organización. Todos hacían de todo. Faltaba una dirección clara y un plan de actuación. Los rescatadores hacían todo lo posible para identificar los sitios donde encontrar más vidas que salvar. Era Italia: podía haber falta de coordinación y recursos, pero nunca el corazón y el sentido del deber.

De repente Marco se acordó de la foto que tenía en su cartera. Era la foto de su padre, con su nombre y fecha de nacimiento escritos detrás.

Pensó en preguntar a los operadores de campo si lo habían visto o incluso rescatado, pero Juna tenía otro plan mejor:

«Escúchame, ahora nos separamos e intentamos descubrir a dónde llevan a las personas rescatadas. No vamos a lograr nada si nos quedamos aquí, en medio de este caos. Tenemos que ir directamente a los hospitales y a las estructuras que acogen a las víctimas»

Marco empezó inmediatamente su búsqueda, con una única idea fija: «No puede estar muerto, no todavía. Por supuesto lo habrán rescatado y se lo habrán llevado a otro sitio, como dijo Juna».

Fue en ese momento, cuando desde un helicóptero de los bomberos alguien gritó: «¡Listos para despegar! ¡Exploración del área de Venecia!» Instintivamente, sin pensarlo un segundo, Marco subió a bordo. Tenía que verlo con sus ojos. Tenía

que buscar su *casa*. Todavía no podía creer lo que Thomas y Martha habían dicho durante el viaje. Simplemente, no podía aceptarlo.

El helicóptero despegó y dentro de unos segundos todo se hizo dramáticamente claro: donde una vez había calles, casas, campos y fábricas, ahora sólo había una enorme extensión de agua. Cientos de coches transportados por la fuerza de la corriente y enormes manchas de gasóleo que hacían el paisaje aún más grave y peligroso.

Muchas personas habían intentado salvarse agarrándose a postes de luz y árboles aún en pie. Muchos se subían a los techos de las casas más altas y restaban impotentes ante la fuerza inmensa de la naturaleza y a su devastación.

¿Y Venecia? Todo estaba bajo el agua. Todo menos los campanarios. Marco inmediatamente reconoció el de San Marco y se echó a reír de una

risa histórica e incontrolable. Estaba feliz de encontrar el símbolo que lo había hecho tan orgulloso. “*El Dueño de casa*”, siempre lo había llamado cariñosamente. Reconoció también el barrio de Santa Croce, donde el domingo por la tarde jugaba al fútbol con los otros niños. La Punta de la Dogana había desaparecido. Era uno de sus lugares favoritos, la línea divisoria entre el Canal Grande y la Isla de Giudecca.

La Fenice, los museos, las iglesias, las calles largas y estrechas de aquel laberinto tanto surreal como verdadero. El Mar Adriático se lo había llevado todo.

Desde siempre, Marco se apuntaba las frases de artistas famosos y en aquel preciso momento se le ocurrió la del gran Truman Capote:

“Venecia es como comerse de un golpe una caja entera de bombones de licor”

Y eso era. Una explosión de arte, colores y encanto de antaño, algo único e inimitable, algo de que estar orgullosos para siempre. Pero en pocas horas ese concentrado de historia, arte y belleza había desaparecido. Los paseos en góndola de los turistas se habían acabado para siempre y nunca habría otra bienal. ¿Y la Fiesta del Redentor?, ¿Las regatas históricas y el carnaval? Todo eso ya era un recuerdo pasado porque la realidad, la maldita realidad, era que Venecia ya no existía más.

La vuelta de exploración duró una media hora y al regresar al campo base, Marco se unió otra vez a Juna, que estaba esperándolo allí.

«Me he enterado de que a la mayoría de las víctimas las llevan a Milán y a Brescia, pero todavía no se sabe nada...»

Juna no pudo terminar de hablar ya que un enorme helicóptero militar estaba aterrizando a unos pocos metros de ellos. Por supuesto, tenía que transportar a algunos pesos pesados, pensaron los dos.

Bajaron un general del ejército y varios soldados rasos. Por sus expresiones se entendía que transportaban algo, o, mejor dicho, a alguien muy importante. Poco después apareció el primer ministro en persona.

Los pocos periodistas presentes en campo se agruparon enseguida a su alrededor. «Señor

Presidente, Señor Presidente ¿Qué puede decirnos? ¿Cuál es el número de víctimas? ¿Se podía haber hecho algo para evitar este desastre?»

Como si fuese un viejo dictador, el Primer Ministro los hizo callar y luego empezó con su inútil y patético refrán, el mismo de siempre, ya visto y oído miles de veces. Sí, porque hubo señales a lo largo de los años: tormentas violentas e inundaciones que nunca habían ocurrido antes. Seísmos que habían causado docenas de víctimas, destruyendo ciudades que nunca se habían vuelto a reconstruir.

«Como pueden ver, estoy aquí en campo junto con el General Rossi y nuestros expertos y vamos a intentarlo todo para...» decía el político.

«¡Cállese hipócrita! ¡Los únicos responsables de esta situación son Ustedes, los políticos!» dijo Marco de repente, en medio del pequeño grupo de

periodistas. «Nos dejaron solos durante años. Son una vergüenza para nuestro país. Les gusta el dinero, ¿verdad? Dónde han ido los recursos para el territorio? Devuélvannos nuestros pueblos y nuestras casas y a mí, devuélvanme a mi padre, ¡aquí y ahora!» siguió Marco, casi sin respirar.

Ya no podía más. Todo el mundo lo sabía. Todo el mundo, en Italia, siempre había sabido que el verdadero problema era la política. Siempre las mismas personas corruptas en el poder y siempre las mismas promesas incumplidas. Televisiones y periódicos respaldando al dueño a cargo, mientras todo fracasaba poco a poco. Corrupción, declive y decadencia de lo que había sido un gran país.

Su arrebató sólo duró unos segundos, durante los que nadie dijo ni una palabra. Los periodistas grabaron toda la escena. El general Rossi se acercó al primer ministro y le dijo susurrando: «Acuérdese

que estamos en directo frente a todo el país en medio de una catástrofe»

Aquel viejo rico y arrogante de 70 años tenía que salir de ese bochorno lo más pronto.

«¿Quién es usted?» le preguntó.

«¿Quién soy yo? ¡Eso no tiene importancia!» le contestó Marco. «¡Yo soy un ciudadano de este país y exijo que usted se ponga a trabajar inmediatamente! Si no, que desaparezca para que este país pueda renacer de una vez por todas!»

Juna hizo un paso adelante. La emotividad no habría llevado a nada y sentía que tenía que hacer algo rápido.

«Disculpe Presidente, su padre está entre los desaparecidos y no logramos tener noticias él. Por supuesto, usted comprenderá este momento

trágico...» intervino ella disimulando y haciendo retroceder Marco.

Ahora el político lo tenía puesto en bandeja y ella lo sabía.

«Claro que lo entiendo señorita, no se preocupe. Aquí estamos incluso para esto y esperamos encontrar el mayor número de supervivientes posible. Por favor, hable con el general Rossi, ojalá él pudiera darles noticias actualizadas sobre la búsqueda» disimuló a su vez el primer ministro.

El general Rossi dio inmediatamente un paso adelante e invitó a los dos a seguirlo. Marco hubiera querido acabar con la imagen de aquel bufón delante de todo el mundo, pero Juna lo cogió de la mano y se lo llevó.

Tenían algo mejor que hacer.

En la pequeña tienda montada por el Ejército Italiano había varios dispositivos, incluyendo unos ordenadores portátiles. Las imágenes transmitidas por los drones en tiempo real les permitían a los militares supervisar y coordinar las operaciones de ayuda. Se tenían que actualizar los mapas. Todo había cambiado. El territorio ya no era el mismo.

«Sé que están buscando a alguien. No es fácil, pero las autoridades locales nos están ayudando a hacer un primer recuento de las personas rescatadas. Aquí pueden consultar nuestra base de datos, actualizada minuto en minuto» les dijo el Técnico Informático de la Fuerza Aérea, el Sargento Felli.

Le habían dado órdenes muy claras de como ayudar a Marco en su búsqueda. Juna lo había clavado otra vez, aunque parecía inquieta. Nunca había visto a Marco en aquel estado, con esos ojos rojos llenos de cólera y la cara arrancada. Incluso su

voz no era la misma de siempre. Parecía que estuviese luchando contra un viejo adversario. Pero Marco no había cambiado. Sólo se enfrentaba a una mezcla de emociones y sentimientos que había dejado atrás. Él sabía que no era una buena idea volver a Italia con demasiada frecuencia. No quería que miles de recuerdos hechos de esperanza, resentimiento, orgullo y decepción le agobiaran... una mezcla explosiva de emociones demasiado complicada, si no imposible de controlar.

«¡Aquí está! Creo que la foto de su padre es la misma que tenemos en nuestro archivo» le dijo el Sargento Felli, mirando a la pantalla del ordenador.

«¿Verdad? ¿Está vivo? Por favor, agrande la foto, quiero estar seguro. ¿Y dónde se encuentra precisamente?» exclamó Marco incrédulo.

«Pues sí, es él: Paolo Venier, nacido en el Lido en 1951. Hace unas dos horas que le han llevado a

Milán e internado con urgencia en un hospital. Aunque parece que el Señor Venier ha sido traslado de un hospital a otro» puntualizó Felli.

«¿Qué quiere decir? ¿Que ya estaba internado en un hospital?» preguntó Marco con preocupación.

«¡Exactamente, parece que desde hace unos días estaba en el hospital de Mestre, pero no hay otros detalles. Les aconsejo que tomen el próximo helicóptero y vayan al hospital Niguarda en Milán, donde lo trajeron ¡Buena suerte, chicos!»

Marco y Juna se lanzaron fuera de la tienda, pero en ese momento el cansancio les sorprendió. Y luego, las preocupaciones: «¿Por qué estaba en el hospital? ¿Por qué no había dicho nada?» Incluso Juna parecía agotada; y hubiera querido descansar, aunque sólo por un instante.

El Sargento Felli salió de la tienda a su vez y se dio cuenta de que los dos necesitaban ayuda. Les

ofreció un poco de agua y les indicó donde podían encontrar el helicóptero que iba a Milán. «¡Gracias sargento! ¡Miles de gracias, de verdad!» le dijo Marco, más que agradecido. Pero ahora tenían que apresurarse, el helicóptero estaba a punto de despegar.

La Libertad

En la orilla opuesta del Lago de Garda todo había permanecido increíblemente intacto. Sobrevolando aquellas zonas, Juna se acordaba de los momentos felices con su familia, de vacaciones en un camping, justo en la orilla del lago. Cada verano elegían un destino diferente, casi siempre en Italia. Y precisamente allí, en aquel País maravilloso, ella había decidido ser arqueóloga, después de visitar Nápoles y Pompeya. Así que, por supuesto, todo lo que estaba pasando la afectaba mucho, aunque seguía repitiéndose que tenía que usar la cabeza, sin dejar que los eventos la agobiaran. Marco la necesitaba y había muchas cosas que se podían y se tenían que arreglar.

A bordo del helicóptero los dos se encontraron en medio de varios niños y ancianos, rescatados después de luchar desesperadamente contra la fuerza del agua y de las ruinas. Llevaban las heridas abiertas por los golpes de los detritos, pero la vida de ninguno de ellos estaba en peligro. Necesitaban atención médica y sobre todo alguien que les diera consuelo y coraje. Algunos de ellos lloraban sin poder parar, otros se quedaban en silencio, completamente trastornados.

Los niños seguían preguntando sobre sus queridas mascotas: perros, gatos, pajaritos... se habían quedado allí y nunca los volverían a ver. Primero las personas, esa era la regla. Las mismas personas que a lo largo de décadas, a pesar de los estudios oficiales y de las palabras de científicos y expertos, habían dejado ir las cosas, esperando neciamente que pasara lo peor, sin preocuparse demasiado. Aquella vida hecha de un consumismo

estremecedor y sin sentido, les había distraído así que a nadie se le había ocurrido intervenir de alguna manera. No hubo manifestaciones ni presiones hacia los políticos y los gobernadores para que hiciesen algo. Nadie pensó en hacer algo tangible para que sus hijos y nietos pudieran tener un futuro mejor. Y ahora era demasiado tarde.

El helicóptero llegó a Milán y Marco ayudó a los socorristas con los pacientes más graves. Juna tomó en sus brazos a dos niñas de unos pocos meses y se las entregó a una enfermera que estaba allí.

«Hola chicos, ¿están bien? ¿Dónde los han encontrado? ¿Están heridos?» les preguntó la enfermera.

Marco le enseñó la foto: «Estamos buscando a este señor, es mi padre y sabemos que está hospitalizado aquí. Estamos bien, gracias.»

La enfermera asintió y les señaló la entrada: «Bajen al tercer piso. Allí encontrarán un Centro de Información, les darán ayuda. Sólo sepan que hay muchísimas personas que están buscando a sus familiares, como ustedes. ¡Suerte!»

Marco tomó a Juna de la mano y empezó a bajar rápidamente las escaleras del edificio. Sentía que lo había encontrado, tenía que estar allí. Ya no pensaba en el pasado, sólo quería verle y abrazarle otra vez. Todo había desaparecido, todo. Y mentalmente era como empezar de cero. No más rencores. Él estaba allí, y era su padre.

En el tercer piso, una multitud de familiares de las víctimas esperaban noticias. Las televisiones estaban apagadas, no tenía sentido seguir mirando esas imágenes sin parar. La gente que estaba allí sólo quería poder abrazar a sus queridos otra vez.

Marco logró llegar a la pequeña recepción al fondo de la sala y mirando a la enfermera más allá del mostrador le dijo: «Paolo Venier, 1951. ¡Hace unas horas que le han llevado aquí desde Venecia! Yo soy su hijo»

El nerviosismo era palpable y la situación no tenía precedentes. La enfermera miró enseguida la lista actualizada de los pacientes y contestó: «Entiendo, señor Venier. Su padre está en la unidad de cuidados intensivos. Están tratando de...»

«¡Dígame el piso y la habitación, por favor!» la interrumpió Marco.

«Habitación número 432 en este piso, pero usted tiene que saber que...» intentó decirle ella.

Juna ya había encontrado la habitación a lo largo del pasillo y Marco no dudó en seguirla. Por fin habían llegado y no podían esperar para ver a Paolo, vivo y fuera de peligro.

Se detuvieron fuera de la puerta entreabierta de la habitación y Marco respiró hondo. Juna le puso una mano en los hombros y le dijo en voz baja: «Tranquilo. Aquí estamos. Entra primero»

Marco dio unos dos largos pasos adelante y su padre estaba allí. Era él, de verdad.

De los ojos incrédulos del viejo hombre, lágrimas de aguda emoción comenzaron a caer. Ni se lo esperaba, no estaba preparado, todavía no.

Juna se acercó también y Marco se la presentó a su padre, como si fuesen a una primera cena familiar: «Papá, esta es Juna, mi novia. Quería que la conocieras porque ¡no sé si estaría aquí de no ser por ella!»

Paolo se calmó. No dijo ni una palabra, pero sus ojos hablaban por él y estaba feliz de poder ver a su hijo otra vez, por fin. Marco estaba bien y esto era lo más importante para él. Faltaban las palabras,

pero bastaba con estar allí, juntos de nuevo, después de todos aquellos años.

Juna se dio cuenta de que Paolo estaba solo en aquella pequeña habitación. Lo habían conectado a una máquina de soporte vital y apenas se podía oírle respirar.

De repente, aquel viejo hombre le indicó a Marco que tomara asiento cerca de él y con un hilo de voz le confió: «Lo siento mucho por todo lo que ha pasado. Fui un estúpido salvaje y perdí a mi hijo. ¡Ojalá pudiera volver atrás...»

Marco apenas podía contener sus lágrimas. No quería decirle nada. No había necesidad. Todo era diferente ahora. Pensaba en una nueva vida con el padre al lado, por fin. Le habría llevado a Berlín para que conociera aquella ciudad increíble. A su padre le habrían gustado muchísimo los parques y las galerías de arte y ...

La alarma se produjo en un sonido fuerte y agudo: el latido del corazón de Paolo era demasiado débil. En unos segundos, sin poder decir nada más, Paolo ya no estaba consciente.

Juna se lanzó a la búsqueda de un doctor. Dos enfermeras irrumpieron en la habitación y le pidieron a Marco que saliera de allí. Una de ellas lo acompañó fuera, tenía que decirle algo.

«Señor Venier, me imagino que usted sepa que su padre, al ocurrir de los trágicos eventos de Venecia, ya estaba internado en un hospital» empezó la enfermera.

«Pues sí, me lo dijeron, pero aún no sé por qué. Disculpe, vivo en el extranjero y las cosas con mi padre siempre fueron un poco difíciles, así que ...» intentó explicarle Marco.

«Entiendo. A su padre le diagnosticaron cáncer y de su informe clínico nos enteramos que, después

de casi un año de tratamientos y pruebas, ya se acabaron las esperanzas. El cáncer se extendió al estómago y en el hospital de Mestre ya habían suspendido la quimioterapia. Ya no hay manera de intervenir, lo sentimos» añadió ella.

Juna regresó en aquel preciso momento, justo a tiempo para escuchar esas últimas palabras dramáticas. Miró a Marco a los ojos por un instante y lo abrazó con fuerza, sin saber qué decir.

Parecía que a Marco aquella noticia no le había sorprendido mucho. La enfermedad y el alcoholismo iban de la mano y a lo largo de su vida de excesos, Paolo nunca había querido saber nada de doctores y controles médicos. Tarde o temprano, aquel maldito vicio le hubiera presentado la cuenta.

Marco decidió regresar a la habitación.

Paolo estaba allí, los ojos medio cerrados y la boca abierta. Ya no se movía y respiraba con dificultad: eran sus últimos instantes, lentamente se iba.

Ahora todo estaba claro. Marco estaba allí por una razón, una razón extremadamente importante.

«Todavía puede oírme, aún puede escuchar mis palabras»

Lo esperaba, estaba seguro de que era así. En esos últimos segundos Paolo estaba todavía allí y tenía que quedarse para escuchar, tenía que poderse ir en paz, sin remordimientos.

Marco se acercó a su padre y tocó su mano. Otra vez fue inundado por un conjunto de emociones. Volvió a recordar cuando, de niño, le encantaba estar al lado de ese hombre tan especial. Un idealista que nunca había dejado de soñar. Se acordó de aquellas noches de marea alta, cuando

miraban juntos a la luna. Y de cuando Paolo le hablaba abiertamente de sexo y amor, como dos viejos amigos en el bar. Y de todos esos días enteros pasados en el barco pescando, libres al sol.

Paolo le había hecho sentir un niño diferente. Los otros niños dormían de noche e iban a la misa los domingos. Pero Marco no. Era el hijo de Paolo Venier, aquel artista de antaño que todo el mundo amaba y temía un poco. ¿Pero a quién le importaban los demás? Lo que importaba era la libertad. La Libertad.

«Papá, todo está bien... te quiero!»

«Papá, te perdono».

Gracias

Con todo mi corazón a Veronika, por seguirme, aconsejarme y soportarme a lo largo de la creación de este breve cuento.

A todos los locos, únicos y libres habitantes de Berlín quien, sin saberlo, cada día, hacen especial esta ciudad.



emamissy@gmail.com